

CATALOGADO

LOS CUENTOS DE RENE MARQUES

POR BETTY RITA GOMEZ LANCE

En el presente auge de la literatura puertorriqueña se destaca la figura de René Marqués (nacido en Puerto Rico en 1919), periodista, dramaturgo, ensayista y cuentista. Su formación inicial en el campo de las letras se orientó decididamente hacia la dramaturgia, por lo tanto, fue en este ramo donde primero se estrenó y por el que mejor se le conoce hoy día. En este ensayo nos ocuparemos exclusivamente de su cuentística. René Marqués ha escrito, hasta la fecha, dos volúmenes de cuentos: *Otro día nuestro* que vio la luz en 1955 y *En una ciudad llamada San Juan*, escrito desde 1952, que se publicó en México en 1960. Además tiene varios cuentos publicados en la revista *Asomante*, en la *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña* y en diversas antologías.

Un estudio de las fuentes bibliográficas muestra que la crítica se ha ocupado poco, hasta el presente, del cuento marquesiano. En general, la apreciación de este autor se limita en su mayoría a resumir sus



cuentos, agregando de paso algunos comentarios sobre su estilo, lenguaje y temas. Repetidamente se nos señala el que Marqués se apoya con preferencia en los acontecimientos más dramáticos de la vida contemporánea puertorriqueña, para crear con el conflicto diario personajes y situaciones que son símbolos de un pueblo en lucha por mantener sus tradiciones culturales y hacerse oír los estallidos nacionalistas (1). Se nos dice, también, que los cuentos de Marqués son la conciencia de la transformación sufrida por Puerto Rico, que es la del mundo, acelerada en el caso de la Isla por los Estados Unidos, y que su producción refleja la influencia de Kafka, Pirandello, Joyce, Unamuno y Sartre (2).

La técnica estilística de Marqués nos revela el uso intenso y casi exclusivo de recursos subjetivistas. Para describirla echaremos mano a algunas de las imágenes que el autor mismo utiliza al analizar la técnica de los cuentistas de la "promoción del cuarenta", en su prólogo a *Cuentos puertorriqueños de hoy* (México, 1959). René Marqués se vale de los tres acercamientos más comunes a esta modalidad literaria. Uno de ellos consiste en captar, directa y literariamente, en forma de monólogo interior, los pensamientos y las emociones de los personajes. El segundo subjetiviza al mundo exterior a través de los personajes, sin apelar obviamente a la estructura del monólogo interior, de suerte que el mundo circundante, abstracto y concreto, viviente e inanimado, tiene resonancias especiales en el protagonista produciendo así asociaciones y reacciones que no son las que objetivamente juzgaríamos adecuadas a las circunstancias. Es decir, el mundo que el narrador nos describe no es el mundo objetivo, tal y como lo creemos ver y conocer, sino un mundo como lo percibe la conciencia de un determinado individuo. El tercer acercamiento se sirve de la incrustación de escenas retrospectivas, lo cual consiste en activar en un determinado momento de la acción presente, escenas de pasado. La preponderancia de estos recursos estilísticos tiene como propósito el de transmitir la sensación del torbellino o caos en que se encuentra sumido el protagonista y, por extensión, el hombre. Para alcanzarlo Marqués se adentra en el subconsciente de sus personajes y hace brotar de ellos un manantial de imágenes, asociaciones y reacciones, que bullen a borbotones, en lo que, a primera vista, parece una compleja y desordenada mezcla de recuerdos, irracio-

- (1) Otto Olivera, *Breve historia de la literatura antillana*, México (1957), p. 171 Véanse también: Francisco Manrique Cabrera, *Historia de la literatura puertorriqueña*, New York (1956), p. 324; Concha Meléndez, "El Cuento en Cuba y Puerto Rico: Estudio sobre dos antologías", *Revista Hispánica Moderna*, XXIV (1958), núm. 2-3, p. 210.
 ———, "El cuento en la Edad de *Asomante*", *Asomante*, núm. 1 (enero-marzo, 1955), p. 63.
 Enrique A. Laguerre, "Otro día nuestro de René Marqués", *Asomante*, núm. 3 (julio-septiembre, 1955), p. 67.
 Josefina Rivera de Alvarez, *Diccionario de la literatura puertorriqueña*, México (1955), p. 353.
- (2) Concha Meléndez, "Prólogo", *Otro día nuestro*, Puerto Rico (1955), pp. 7-18.
 ———, *Antología de autores puertorriqueños. El cuento*, III (1957), Puerto Rico, pp. xxxiv-xxxvi.
 ———, *Figuración de Puerto Rico y otros estudios*, Puerto Rico (1958), pp. 65-72.

nalidades y tergiversaciones de la realidad circundante. En los cuentos de Marqués cada imagen, cada asociación, cada acción y cada reacción, tienen un determinado motivo y cumple con una función específica en el desarrollo psicológico de los personajes; en la evolución de la trama, y en la presentación estética de la narración. El lenguaje es desbordado cuando el desarrollo de la trama depende del fluir de la conciencia del protagonista. Es parco cuando lo que no se dice lleva más peso que lo que se expresa. El vocabulario raya en el lirismo y el autor se vale, para alcanzar pleno impacto, de vocablos que estimulan las facultades sensorias, emocionales e intelectuales del lector.

En "Purificación en la calle de Cristo", "Tres hombres junto al río", y "La sala", tres de los cuentos publicados en el volumen *En una ciudad llamada San Juan*, el autor desarrolla los temas de la esclavitud política del ciudadano puertorriqueño, y de la esclavitud existencial del hombre en el tiempo y en el espacio. "Purificación en la calle de Cristo" (3) es la historia de tres hermanas, hijas de una familia hidalga venida a menos por los reveses económicos acaecidos después de la muerte de los padres. Las privaciones se pudieron haber evitado vendiendo la hacienda a los norteamericanos, pero son las palabras de Hortensia: "Jamás serán nuestras tierras de los bárbaros". La otra salvación hubiera sido el matrimonio de Hortensia, pero al saber que su prometido era el padre del hijo de una mulata, se negó a casarse con él. Al terminar el cuento, Emilia e Inés, que velan el cadáver de Hortensia con mutuo entendimiento, se adornan con las joyas de la familia, símbolos de días mejores, y en grandioso holocausto, se prenden fuego. El análisis estructural del cuento nos revela los dos planos de la temática de Marqués. En el primero el tema político-social o sea la transformación sufrida por Puerto Rico al pasar, sin voluntariamente quererlo, de manos españolas a manos estadounidenses, es el eje alrededor del cual se hilvana la historia de las tres hermanas. La vida bajo los nuevos amos es una de desengaños y amarguras: "Atrás quedóse el mundo estable y seguro de la buena vida; y el presente tornóse en el comienzo de un futuro preñado de desastres. . . Y el mundo se hizo aún más estrecho". Las tres hermanas encerradas herméticamente en su pasado y en sus tradiciones, dejaron de existir mucho antes de la muerte de Hortensia y del "acto de purificación".

En el plano metafísico, el tiempo, protagonista abstracto del cuento, pesa sobre la vida de las tres hermanas. Todo es infinitesimal ante la angustia de la espera, y ante el tormento de no poder escoger nuestra

(3) René Marqués, "Purificación en la calle de Cristo", *En una ciudad llamada San Juan* México (1960), pp. 37-59.

hora, “la vida toda (se convierte) en un recuerdo, quizás una serie de recuerdos” de lo que pudiera haber ocurrido “no precisamente en el instante de este amanecer, sino el día anterior, o el mes pasado, o el año antes. . . o bien pudiera remontarse al otro siglo”. A Emilia, la que escribía versos, “ese misterioso estar y no estar. . . le seducía y le angustiaba a la vez”. Inés, la fea, “deseó que la vida fuese un espejo, (pero) la vida no cabía dentro del marco del espejo, sino que transcurriría más acá, en el tiempo en un espacio sin límites”. La magnitud de este tiempo interminable y de este espacio inacabable, que restan poder y significado a la vida individual del hombre y lo convierte en eslabón de una cadena sin principio ni fin, es tal, que Inés no puede esperarse a que la muerte natural le conteste la pregunta que se hacía ante el espejo. Al prenderse fuego en vida lo hace para saber “si después del tiempo de la vida y del sueño entrase en un tiempo que podía ser de eternidad”. Eternidad para la vida individual y en la que el hombre no comience a morir el día que nace. Con el “acto de purificación” las hermanas no sólo se adelantan al tiempo, sino que también, por primera vez, hacen al mundo exterior sentir su propio yo. De ahí que el último párrafo del cuento lea: “Y estaban allí, reunidas como siempre en la gran sala; las tres puertas sobre el balcón, cerradas como siempre; los tres soles truncos emitiendo al mundo exterior por vez primera la extraordinaria belleza de una luz propia, mientras se consumía lo feo y lo horrible que una vez fuera hermoso y lo que siempre fuera horrible y feo por igual”. Marqués basó su drama *Los tres soles truncos* (Puerto Rico, 1960) en este cuento.

“Tres hombres junto al río” (4) repite los temas anteriores, pero el acercamiento es diferente. Un velorio es el punto de partida. La narración comienza con la vigilia ante el cadáver de la víctima, colocado en la arena, después del crimen. El protagonista contempla distraído la procesión de hormigas que invaden el cuerpo, mientras sus pensamientos vuelan al pasado y las imágenes se agrupan tumultuosamente en su entendimiento. La vigilia dura tres días, al cabo de los cuales, el calor intenso y las consabidas reacciones químicas hacen que el vientre del muerto, que progresivamente se ha ido hinchando, reviente. El protagonista se levanta entonces, convencido de que el blanco era un hombre como cualquiera de ellos y, dirigiéndose a sus dos compañeros les dice: “no son dioses”. El crimen había sido cometido simplemente para saber si los nuevos amos con “piel color de yuca” eran hombres o dioses. Si la víctima era un dios, se levantaría al tercer día, al igual que Cristo. Si un hombre, se pudriría, al igual que los hombres. En la

(4) *Ibid.*, pp. 11-18

esfera de lo político-social tenemos a un protagonista que repasa mentalmente la historia política de su país y llora su soberanía subyugada. El hombre piensa en la catástrofe (la de 1898) que le trajo nuevos amos, "dioses nuevos que vinieron a (su) tierra y la convirtieron en un infierno", hombres bajo cuyo mando la vida era caótica, sin luz, ni esperanza porque "la vida libre es la luz. Y la luz ha de poner en fuga a las tinieblas". La vida suya no era libre ahora. Pensando en los nuevos dioses (amos) el hombre encontraba que "sonreían cuando odiaban: tras de su amistad se agazapaba la muerte. Hablaban del amor y esclavizaban al hombre". La paciente espera del hombre ante el cadáver, es simbólica de las esperanzas de autonomía del pueblo puertorriqueño.

En el campo de lo metafísico la relación hombre-tierra se amplía para abarcar al Poder Supremo. Durante la espera los pensamientos del hombre saltan de los problemas inmediatos de su país al concepto Cielo-Tierra. Entonces el hombre se siente abandonado por el Poder Infinito, siente que no tiene a quien volver los ojos, ni a quien pedir socorro. Se siente, más que nunca, presa del tiempo y del destino. Agobiado por la incertidumbre de un mundo científico que todo, hasta la vida misma, lo reduce a fórmulas y a máquinas. En su angustia el hombre pensaba que "era preciso estar seguro de algo en un mundo que súbitamente había perdido todo sentido. Como si los dioses se hubiesen vuelto locos, y el hombre sólo fuese una flor de majagua lanzada al torbellino de un río, flotando apenas, a punto de naufragio, girando sin rumbo ni destino, sobre las aguas. No como antes cuando había orden en las cosas de la tierra y de los dioses. Un orden cíclico para los hombres... y un orden inmutable para los dioses: la vida eternamente invisible en lo alto de la montaña. Todo en el universo había tenido un sentido, pues aquello que no lo tenía era obra de los dioses y había en ella una sabiduría que no discutían los hombres, pues los hombres no son dioses y su única responsabilidad es vivir la vida buena, en plena libertad". De ahí el alivio que el hombre sintiera al ver el cuerpo del blanco reventar, esto por lo menos era una certidumbre. El hombre piensa en Cristo y le parece raro e inexplicable que el Dios Supremo se hiciera hombre y habitara entre los hombres. Más extraño aún le parece el que se sacrificara por ellos. Cuando al tercer día la víctima se descompone totalmente, el hombre no puede regocijarse plenamente en el hecho, porque si el sacrificado hubiera resucitado, este acto le habría devuelto, por lo menos, la esperanza de un Dios protector y de un más allá. En este cuento la relación entre la angustia del tiempo y la esperanza en la existencia de Dios yace en que Dios representa la

vida eterna y, por lo tanto, la liberación del hombre de las garras del tiempo.

“La sala” (5) completa el cuadro del encasillamiento político-social y existencial del hombre planteado en los dos cuentos anteriores. Este cuento patentiza su total impotencia ante las magnitudes Tiempo y Espacio y, hasta cierto punto, su resignación a que la libertad política y metafísica son abstracciones que sólo tienen realidad en la imaginación del hombre.

El protagonista, sentado en la sala de su casa, ya no “la sala de la casita alegre, con jardín y terraza” que dejara hace diez años cuando por “subversivo” fue llevado preso, “sino la estancia oscura de un piso feo y húmedo en el viejo San Juan”, analiza su vida, sus motivos, sus anhelos, sus convicciones, al compás del chirrido de la mecedora en que, en tiempos más llenos de esperanza, durmiera al hijo. El hijo, ahora un adolescente, hace la tarea de álgebra en la mesa contigua. La madre, avejentada por los sufrimientos y las privaciones, hace labor sentada en la butaca azul. El ambiente emocional es tenso. El padre trata inútilmente de romper el silencio opresor y de establecer comunicación entre él y el hijo, pero es en vano. Ya él y los suyos no hablan el mismo lenguaje; ya no palpitan con las mismas inquietudes; ya no persiguen las mismas quimeras. Todo ha cambiado, es decir los hombres han cambiado porque “las cosas no cambian. Acaso los hombres, pero las cosas no”. Siente que hasta él mismo ha cambiado. Ya no es él el de antes, el que “hablaba en la cátedra de los valores eternos y al pueblo decía: “¡Libertad!” Al menos, no siente que es el mismo de antes, y entonces se pregunta ¿cómo es él? el de ahora. La hora de acostarse llega y los tres seres se retiran a sus aposentos sin que el hombre pudiera ver “esperanza a su desolación” porque sabía que “el silencio era una barrera casi imposible de romper”.

La libertad política y metafísica del hombre constituye el núcleo alrededor del cual se despliega el drama de Leandro y su familia. Leandro fue a la cárcel por haberse atrevido a buscar con palabra y acción la libertad política de su pueblo. Los diez años gastados en prisión le dan oportunidad de meditar y de elevar sus preocupaciones y pensamientos más allá de la esfera inmediata de su existir político. Es entonces cuando comienza a darse cuenta de que hay algo que esclaviza al hombre con una fuerza que sobrepasa los linderos de la opresión política. Ese “algo” indefinible e indescifrable tiene en su poder la clave

(5) *Ibid.*, pp 117-126

de la vida de cada hombre. La vida aquí y la vida más allá del misterio. Es entonces cuando Leandro llega a la realización de que el hombre en pos de la solución de la ecuación de la vida, ha creado los conceptos *tiempo* y *espacio*, pero irónicamente, lo único que ha conseguido es hacer más palpable su esclavitud y su impotencia. Las variantes han resultado ser incógnitas infinitas y “la ecuación de la vida [no es] tan sumamente simple”. Ante la magnitud de estas variantes la temporalidad de la vida de cada hombre y la incertidumbre de qué será de su ser después de la muerte, se hacen más dolorosamente reales. Por eso cuando a su: “Hemos de conocernos, Manuel”, el hijo le contesta con: “Habrá tiempo, papá”, Leandro sabe que el que se conozcan no depende del tiempo. Tiempo siempre lo ha habido y siempre lo habrá; pero voluntad de parte de los hombres para afirmar su individualidad y hacer valer su yo, ganando quizá con ello la anhelada libertad política y metafísica, es lo que le hace falta al hombre.

Leandro ha llegado a darse cuenta de que el tiempo no es parte de la vida del hombre, sino que cada hombre es parte del concepto *tiempo*. Por eso se encuentran ahora ahí sentados “como tres extraños entre sí. Deseando angustiosamente no serlo, agonizando por volver a una familiaridad remota”, sintiendo agudamente el peso opresor de “la piedra del tiempo . . . porque en lo más íntimo del alma el tiempo no transcurre en término de días, o de meses, o de años, sino en lapsos que ningún calendario previó”. Cuando se fue a la cárcel él y Mercedes se decían: “Diez años pasan pronto . . . ¡Qué son diez años en nuestras vidas!” No se daban cuenta entonces de que esos diez años todavía por vivirse traerían además del sufrimiento físico, el aprisionamiento del alma y la realización de que la esclavitud del hombre se extiende más allá del plano político para abarcar su yo metafísico.

En “La sala” el encasillamiento del hombre está muy finamente proyectado. Los símbolos han sido cuidadosamente escogidos y esmeradamente intercalados en la narrativa. La sala, escenario en que se desarrolla el drama, es simbólica de nuestro encierro. Los hombres, sin libertad política ni metafísica, son los muebles en la sala de la vida; prisioneros de un tiempo y de un espacio indefinibles; víctimas de un destino inexorable. Al apagar la luz, la oscuridad en que queda sumida la sala, simboliza la oscuridad en que vive el hombre. Nunca sabiendo a ciencia cierta qué le traerá el mañana, o cuándo se le llegará el día. . . El rojo intermitente del anuncio de neón que se filtra a través de las persianas, simboliza cada vida que se apaga y cada vida que se enciende. Vidas van y vidas vienen, sin que de la una a la otra se comuniquen el misterio. La oscuridad, lo desconocido reina entre el acto

de nacer y el acto de morir; la misma clase de pavorosa oscuridad que reina en "La sala" entre reflejo y reflejo del anuncio de neón. Todo es sombras en "La sala" y todo es sombras en la vida. Los muebles de la sala, "prisioneros y solos", esperan a que la luz de "otro día idéntico al de hoy" les devuelva su presencia. Tal como el hombre espera y se desespera, mientras el tiempo se traga la vida del hombre y "perezoso apenas si transcurre, regodeándose en el alma, pidiendo que lo acunen, como a un niño mimoso (cuando todo lo que el alma quiere es expulsarlo, para que cumpla su fin), solidificándose casi, petrificando ya, como piedra geológica, enorme, que el alma no podrá expulsar"

El tema del matriarcado se dramatiza en el cuento "En la popa hay un cuerpo reclinado" (6), publicado en *Cuentos puertorriqueños de hoy*. En este cuento el uso intenso del monólogo interior directo en la primera persona, ligado al tratamiento del sexo como recurso dramático, profundiza los problemas y conflictos del protagonista y, por ende, del hombre. Los matices freudianos que dan relieve al desarrollo de la trama ponen énfasis en la queja contra el matriarcado que ha invadido a la sociedad puertorriqueña en las últimas décadas de este siglo. La historia en sí es, hasta cierto punto, macabra. El vocabulario y la metáfora han sido cuidadosamente seleccionados y trabajados para producir en el lector cierta disposición de ánimo, la que depende, no tanto de su intelecto, como de sus sentidos. Se podría decir que la traseología es, casi exclusivamente, sensoria. El núcleo de la narración es un hombre de cuerpo endeble; de niño había sido dominado por una madre solícita que dirigía todos sus pasos. La vida de casado le es intolerable, hasta que al fin, impulsado a extremos por las constantes exigencias de su mujer, la mata un día cuando andaban de paseo en bote. El crimen había sido premeditado, pero el crimen en sí no le es suficiente al hombre para satisfacer el rencor que siente contra una sociedad en la que la voluntad de la mujer gobierna. Después de pasearse con el cuerpo de la muerta, repasando mentalmente todo su pasado, en un supremo y último intento de afirmar y hacer valer su hombría, se despoja con el mismo cuchillo con que la mató, de sus órganos genitales, y los arroja a los pies del "cuerpo en la popa reclinado"

El análisis ideológico nos enfrenta en primer lugar, con el problema del repentino dominio de la mujer en la vida diaria, en una sociedad, por tradición, acostumbrada al patriarcado. El desarrollo de la trama enfoca las consecuencias psicológicas en el hombre en particular y en el pueblo puertorriqueño en general. El desplazamiento del hom-

(6). *Cuentos puertorriqueños de hoy*, México (1959), pp. 129-146

bre, por la mujer, se resiente tanto más cuanto el sistema ha sido importado del país colonizador. En tal sociedad, como la que vemos a través de las experiencias del protagonista, el ser masculino es simplemente una partícula sometida a la absoluta voluntad del mujerío y su valor estriba exclusivamente en su función de proveedor. La degradación moral y psicológica llevan al hombre de la condescendencia a la apatía, a la desesperación en todos sus tintes. En el plano metafísico el cuento carece de sustancia, primordialmente porque la vociferación contra el matrimonio es tan fuerte y de tal tono emocional que inhibe todo pensar más allá del campo social-psicológico. Sin embargo, esto no quiere decir que la preocupación puramente filosófica esté completamente ausente. Al quejarse de su condición de subordinado social, el hombre acusa y se lamenta contra El que dirige al mundo; se queja de su propio existir sin él haberlo pedido, y de la falta de sentido de una vida tan caótica como miserable. De nuevo, también, encontramos entrecruzados los conceptos de la infinitud del tiempo y del espacio en contraste con lo infinitesimal del hombre.

Todos los cuentos que a continuación analizamos aparecen en el volumen *Otro día nuestro* y reflejan, pronunciadamente, las tendencias filosóficas existencialistas prevalecientes hoy día en ciertas esferas del pensar, unidas al tema de la apatía nacional. "El miedo" y "La muerte" (7) fueron el primer intento del dramaturgo dentro de las modalidades de la cuentística actual. Uno es tan similar al otro que podríamos decir que es un cuento y su variante. En carta fechada 21 de noviembre de 1960, el autor nos ha confirmado esta impresión, revelándonos que originalmente se trataba de un mismo cuento que luego decidió convertir en dos. También nos revela que el protagonista de ambos es el mismo.

"El miedo" constituía la primera parte del cuento, que transcurría sábado por la noche. "La muerte" era el episodio final ocurrido a la mañana siguiente. En ambos los protagonistas (el hombre en cada uno) son individuos dados a la bebida, que ambulan por las calles de San Juan con el ardor del alcohol en sus entrañas y la quemazón de la incertidumbre en sus almas. Son torturados por un miedo indefinible que les paraliza completamente la voluntad. En "El miedo" el hombre ronda calles, un sábado por la noche, pensando en lo que él califica de su "miedo metafísico". Entra en un bar donde la presencia de extraños aumenta su angustia y su temor. Al amanecer se dirige a casa donde en los brazos de su mujer se olvida de su miedo. El protagonista

(7) René Marqués, *Otro día nuestro*, Puerto Rico (1955), pp. 116-129 and 81-88.

de "La muerte" camina calle abajo, un domingo por la mañana, repitiendo monótonamente en su cabeza el estribillo "vida-muerte, muerte-vida", repasando mentalmente su vida pasada, mientras que divaga sobre la incertidumbre de su destino. Al entrar en un callejón se topa con un grupo de jóvenes revolucionarios que se preparan para desfilar. Se detiene a observarlos, su interés aumenta a medida que crecen los preparativos. La escena culmina con la llegada de la policía que coge a los jóvenes entre dos fuegos. En este momento, él cree ver, en los próximos a morir, la solución de su angustia y, en desesperado intento de agarrar ese "algo" que hace tanto busca y al fin cree hallar, se lanza a levantar el pabellón revolucionario, a tiempo de que el joven que lo sostenía cae mortalmente herido.

Ambos cuentos enfocan la apatía del ciudadano promedio puertorriqueño ante los problemas nacionales. La preocupación de ambos protagonistas se concentra en la angustia de su propio existir y de su propia seguridad. Como ciudadanos son individuos irresponsables que prefieren refugiarse en sus adentros a enfrentarse a la realidad circundante. En las palabras de uno de ellos: "La bandera, la revolución, la patria [no] tenían significado alguno".

Metafísicamente la inquietud de ambos está en la relación de su yo a los conceptos vida-muerte-tiempo. El protagonista de "La muerte" no sabía cuándo, pero en uno de los instantes de su vida "había tenido una clara conciencia del tiempo en relación a lo que cambia por medio de la muerte. Y había percibido su mortalidad agudamente, dolorosamente. Y la muerte empezó a rondar su vida, a torturar su mente, a pesar sobre su conciencia". El de "El miedo" estaba seguro de que "el no saber lo que se exigía de él en la vida era la raíz de su miedo". El protagonista de "La muerte" soluciona su dilema convenciéndose de que si "no podía evitar la muerte" por lo menos "podía aceptarse". Entonces sintiéndose "libre para escoger su propio destino" se lanza a "salvar la existencia" por medio de la muerte misma. El concepto es paradójico y nosotros lo interpretamos en el sentido en que, al adelantar la hora de la muerte, el hombre le juega una mala partida al tiempo, y al entrar en la vida eterna, no sólo se libera de sus garras y resuelve la incertidumbre de qué será de su ser, después de la muerte, sino que por primera vez escoge su destino. El protagonista de "El miedo" acalla la angustia que le carcome entregándose a los deleites del amor sexual y a las subsiguientes horas de sueño, aunque bien sabía que "al despertar sentía otra vez el miedo de tener que hacerse un nuevo día en su vida". A estos dos cuentos les falta la fluidez y, hasta cierto punto, la originalidad de los otros cuentos del autor, parecen trabajados al

empujón y sus protagonistas más bien que hombres de carne y hueso, son ideas encarnadas, más que individuos, son muñecos con los que el autor experimenta en busca de la ecuación que resuelva la incertidumbre del hombre ante los factores vida, tiempo y muerte.

En "Isla en Manhattan" (8) Marqués traslada el escenario de sus preocupaciones político-sociales a la ciudad de Nueva York. Este cuento es la historia de una puertorriqueña que emigra a la gran ciudad. De joven su ambición había sido "una escuelita rural". Para prepararse había entrado a la Universidad de Puerto Rico; ahí conoció a Nico y por él "se metió en la huelga universitaria" que le costó su sueño. Después de varios meses de privaciones consiguió trabajo como artista de radio, pero vino la huelga de trabajadores y, fiel al recuerdo de Nico, quien para entonces se había trasladado a Nueva York, se unió a la huelga. Terminada la huelga los trabajadores ganaron ¡el derecho!, ¡la justicia!, ¡la ley! que buscaban, cosas que en lenguaje concreto se traducían en ¡hambre!, ¡privaciones!, ¡manos paradas! para los huelguistas, cuyos puestos en las mesas de trabajo habían sido ocupados por los rompe-huelgas. Al fin consiguió ahorrar lo suficiente para emigrar y entonces unió su destino "al grupo de emigrantes en la incertidumbre del espacio de la tierra que se queda y de la tierra que se pretende alcanzar". En Nueva York busca trabajo honrado inútilmente. Acosada por la necesidad se hace la vida vendiendo su cuerpo. Un día se encuentra con Nico, quien ahora se hace llamar Nick y habla una mezcla de inglés y español. Renuevan la vieja amistad y Nico le propone matrimonio. La noche de la boda, al llegar ella a la calle frente al bar de Joe, se encuentra con un mitin. Al principio escucha al hombre que hace tribuna sin comprender lo que dice, pues ella estaba pensando en español y él hablaba en inglés, pero pronto sincroniza su mente a lo que se dice y se da cuenta de que se habla de ocho negros condenados a muerte por tratar de violar a una blanca. Está tan absorta en lo que se dice que no ve llegar a Nico. Nico la saca de su ensimismamiento tratando de hacerla ver el peligro que corre si les cae la policía encima, y la amenaza con no casarse con ella si no se retira de ahí inmediatamente; pero ella ya ha resuelto firmar la petición que circula pidiendo un nuevo juicio para los condenados; la amenaza de Nico y el terror que ve en su cara, no consiguen más que dar fuerza a su decisión, aunque bien sabía que una vez más sólo la calle ancha y franca sería su albergue.

El cuento se diferencia de los otros analizados en este estudio en

(8) *Ibid.*, pp. 57-73

que ensancha el escenario geográfico. El tema ahora enfoca la falta de acogimiento que el puertorriqueño encuentra en la Metrópoli del país colonizador; en las miserables condiciones de vida que se le ofrecen; en la degradación espiritual y moral de una ciudadanía de segunda clase, y en la bajeza de un ambiente donde sólo los "Nicos" cambiados en "Nicks" se abren paso; porque sólo viviendo plegado al nuevo sistema se puede trabajar y se puede comer. En este cuento la gravedad de las implicaciones políticas es tal que ensombrece los conceptos metafísicos. Sin embargo, el peso del destino y la pauta inevitable a que la protagonista había sido condenada en el momento de nacer, dominan el segundo plano del relato. Juanita era una mujer buena moral y espiritualmente; cada paso que tomaba lo hacía con buena intención; el ganarse la vida con su cuerpo no había sido escogido voluntariamente; pero, a pesar de su bondad innata, había un "algo" que siempre la empujaba por esa calle "fianca y ancha". Juanita era la víctima de la crueldad de un destino inexorable. Al rechazar a Nick lo hace en un supremo intento de conservar su dignidad, de reafirmar su yo y de escoger por sí misma, pero realmente le es en vano.

Otro de los temas político-sociales de Marqués es el de la suplantación de los valores tradicionales católicos por los de otras religiones recién importadas a la Isla, las que son ajenas al sentir y pensar religioso del pueblo puertorriqueño. El autor nos presenta este problema en los cuentos "Pasión y huida de Juan Santos, Santero" y "El milagro de San Antonio" (9). La acción en ambos cuentos se desarrolla en áreas rurales. En el primero el protagonista, santero por tradición de familia, es la triste víctima de la falta de comprensión, de la crueldad y de la persecución de un hijo del pueblo, pastor de una fe diferente, y quien no descansa hasta que logra echar a Juan Santos del pueblo. En el segundo cuento, la creencia ingenua de una viejecita que camina leguas para que el cura del pueblo le bendiga su San Antonio, es cruelmente herida cuando el Padre Luis llama a su San Antonio un "pedazo de palo" y rehusa bendecíselo, ofreciéndole que lo hará con uno de esos de "yeso" que venden en la quincalla. Los dos relatos nos confrontan con situaciones en las que lo de afuera se impone en menoscabo de lo propio; lo nuevo en menoscabo de lo tradicional. En los dos somos testigos de la falta de convicciones profundas de la masa y del individuo promedio, quien se deja arrastrar por las nuevas corrientes y es fácil presa de un conformismo aniquilador; prestándose con ello a pisotear los valores de su pueblo, en parte por temor, en parte por

(9) *Ibid*, pp. 40-56 and 74-80

ignorancia, y en parte por conveniencia. Juan Santos es un individuo que tiene conciencia de su propia personalidad y de su tradición; por eso, se enfrenta a las fuerzas que lo persiguen y que tratan de destruirlo y de destruir su tradición; por eso, se alegra cuando, después de la quema de sus santos, puede salvar “algo de la labor de más de un siglo que emprendiera su padre y continuara él” Pero ante la apatía, el conformismo y el miedo del resto de su pueblo, sus esfuerzos se pierden en la nada. La viejecita de “El milagrito de San Antonio” después de contemplar “con desconfianza los ojos azules de la imagen extranjera [el San Antonio de yeso]” y de asegurarse de que “¡a quién se le ocurre pensar que San Antonio sea así, como un americano?” cuando “todo el mundo sabe que es trigueñito como los pobres”, vuelve a su pueblo con su fe intacta, “apretando el Santo de palo contra su pecho fatigado”, porque en el fondo de su alma ingenua todavía se conservan intactos los valores de la tradición y la fuerza de lo propio. Este cuento es una joya de ternura en cuanto a la caracterización de la viejecita y el manejo tan sutil como diestro de las emociones en juego.

En el cuento “El juramento” (10) Maqués trata la ausencia de derechos civiles bajo el nuevo régimen. El protagonista de este cuento es un hombre acusado de crímenes políticos. Después de pasar un año en la cárcel, durante el que va de la esperanza de que las cosas se aclaran pronto a la desesperación de que el mundo se ha olvidado de él, se le presenta un abogado designado por el Estado para defenderlo. Muy pronto se convence de la estupidez de su defensor y de la futilidad de tratar de probar su inocencia en una sociedad en donde hasta la “justicia” se compra. Una vez en la sala de acusaciones, mientras espera a que se pase por la farsa de probar su culpabilidad, con agudo ironismo se divierte clasificando zoológicamente a los miembros del tribunal. En el examen directo aprende de boca del fiscal que se le acusa de que un cuatro de julio, irreverentemente se fumó un cigarrillo durante la ceremonia de izar la bandera de los Estados Unidos. Se le retiene, también, por haber profetizado cierto “juramento”, pero por más que trata de recordarle, no puede lograrlo y a la insistente pregunta del fiscal “¡Jura Ud. no haber hecho el juramento nunca?” el hombre se queda mudo. Acosado por la pregunta comienza a repasar su vida desde el momento en que fue engendrado. Al llegar al octavo año de su vida, los recuerdos que acuden a su mente son tan patéticamente dolorosos, que el hombre se desmaya. En su desmayo revive ese momento, oculto en su subconsciente, y en el que profirió el juramento. Fue el

(10) *Otro día nuestro* ed. cit. pp. 89-115

primer día de escuela del año en que sus padres se fueron a vivir a la costa. Frente al edificio escolar se izaba una bandera extraña y, ante ella, con la mano en el corazón, los niños murmuraban un rezo en lengua que no era la suya. El jibarito de la montaña, no comprendiendo lo que hacían, permaneció con las manos caídas y la boca cerrada. Poco después, en la oficina de la directora de la escuela, cruelmente maltratado por ella, física y emocionalmente, murmuró el juramento de que ahora se le acusa: “¡Juro por mi madre que no soy americano! ¡Y juro por Dios Santo que nadie nunca me obligará a serlo!” Al volver en sí, y de nuevo ante el tribunal, con el alivio del que ha encontrado la clave del enigma, puede contestar: “Sí, juré”.

El tema del cuento es la pisoteada soberanía del pueblo puertorriqueño, la injusta subplantación de valores nacionales por los del pueblo colonizador, y el sacrificio de la dignidad y de los derechos del individuo en favor de normas extranjeras, con las que se trata de reemplazar un modo de vida, una lengua, un sentir y un pensar de varios siglos. Con la excepción del protagonista, los personajes del cuento representan a los que ansiosos de ganancia personal hollan hasta los valores más sagrados; a los que convierten a la justicia en una farsa que acalla y castiga todo pensar diferente, toda desviación de los valores que se tratan de imponer. Por eso para el hombre de “El juramento” el juicio fue como “seguir la parodia de un cuento policíaco en que ya se sabe quién es el culpable, dependiendo todo el interés sólo en saber cómo ha de probarse la culpabilidad”. Este cuento, a igual que los anteriores, plantea de nuevo la cuestión de la relación hombre-tiempo y Dios-hombre. Sin embargo, la implicación de la predestinación del hombre y de su subyugación a una fuerza superior que dirige su vida toda, es mucho más patente que en los antes discutidos. La implicación de que “un titiritero desconocido y burlón” determina el curso que ha de seguir la vida del hombre desde el momento en que éste nace hasta el momento en que entra en la eternidad, y ¿quién sabe si más allá, también?, pesa sobre el relato entero de principio a fin. En el primer párrafo leemos: “Cuando el juez —espejuelos de concha, cara de gato famélico— leyó en silencio el pliego del presidente del jurado, ya él sabía el veredicto. Por eso no pestañó luego al oír la palabra: “¡Culpable!” Cuando terminamos el cuento, las últimas líneas que leen: “La enorme puerta de hierro giró imponente y luego, silenciosa, se cerró muy despacio tras el hombre, cuyo nombre, en la ficha del archivo, había teclado la maquinilla Remington hacía exactamente veintiocho años”, no hacen más que puntualizar lo inevitable de

un destino que ya fue determinado al nacer por esa fuerza que dirige la vida del hombre.

“Otro día nuestro” (11) es un cuento prologado. Concha Meléndez (12) atribuye el prólogo al hecho de que el protagonista, centro de la narración, es un personaje histórico de contemporaneidad muy cercana. El autor explica, en el prólogo, que “en este cuento no ha intentado hacer Historia. Sólo ha querido dramatizar un problema moral en el hombre histórico — el descubrimiento quizás más espantable que pueda hacer un hombre, el de saber que vive una época que no le corresponde” y que su protagonista es “creación exclusiva suya”. Nosotros, desligándonos totalmente de la Historia, lo trataremos primordialmente, desde el punto de vista de sus ilaciones filosóficas. Conviene decir que éste es, quizás, el cuento más comentado de Marqués. Sin embargo, es nuestra opinión que la mayoría de lo dicho sobre él se limita a discutir sus aspectos políticos. En “Otro día nuestro” a igual que en los otros cuentos del autor, la acción comienza en un momento del presente. Luego, por medio de la incrustación de escenas retrospectivas y del flujo de la conciencia del protagonista, se nos revela todo un pasado, el que no sólo alcanza en la vida del individuo, sino también en la de su nación y en la de la humanidad. El futuro yace en el tema, es decir, en el anhelo de resolver los problemas políticos, sociales y económicos de Puerto Rico, y en el ansia del hombre de conquistar al tiempo y al espacio, y de hacerse su propio destino.

La acción propiamente dicha tiene lugar en unas pocas horas: desde el despertarse del protagonista hasta la hora del almuerzo. La narrativa es sumamente sencilla. El protagonista, prisionero político en su propia casa, se despierta una mañana y, al pasar sus ojos soñolientos por la habitación, todo un mundo de recuerdos, de asociaciones, de pensamientos, de anhelos, le invade el alma. Afuera, el ruido desagradable del camión de la basura viene a interrumpir la meditación del hombre. La “aséptica eficiencia mecánica” con toda su modernidad y su aire de cosa importada, contrasta grotescamente con la belleza y el aplomo de la vieja ciudad de San Juan, iluminada por los primeros rayos del sol. Ahora, completamente despierto, evalúa lo que ve a su alrededor en relación al tiempo y, de golpe, se da cuenta de la magnitud del concepto y del peso de eso que llamamos *tiempo* que a todo pervive y a todo sobrevive, y en todo deja su huella. La angustia de tal realización le sobrecoge y le hace murmurar. “Gracias, Dios Mío, por este nuevo

(11) *Ibid.*, pp. 21-39
 (12) “Prólogo”, *Ibid.*, p. 8

día que añades a mi vida". Sumido en sus pensamientos el hombre une a su desesperante estado político el tormento de la incertidumbre de su "ser" en el tiempo y de su "estar" en el espacio. Entonces se dice: "¡Yo no pertenezco a esta edad en que vivo!" La idea de que es un ente perdido a merced de un tiempo infinito y en un espacio sin límites acentúa en su mente la tortura de la temporalidad de la vida individual humana y de lo fútil de la lucha, pues todo esfuerzo, toda misión, parecen perderse en esas vastedades llamadas *tiempo y espacio*. Agobiado por tal pensar y decidido a resolver una vez por todas el qué es de nosotros después de que nos morimos y, tal vez más importante aún, el si nos es dado escoger, por lo menos, la hora de nuestra muerte, el hombre "tomó una decisión brusca" y se lanzó a la calle en busca de la muerte, con la esperanza de que al otro lado se viva en plena libertad —libertad política y libertad metafísica. Pero no le había llegado la hora de su muerte y una vez más tuvo que doblegarse a la fuerza del destino. Al volver a su cuarto se sentó "quieto, con la cabeza inclinada hacia adelante, los ojos fijos en la espada de otros siglos, esperando a que pasara la muerte".

Al analizar los anteriores cuentos hemos señalado el que los personajes marquésianos son presa de un destino inevitable y del que no les es dado desviarse. Luchan desesperadamente con todas las fuerzas de su ser por afirmar su individualidad, pero tarde o temprano su destino se cumple. Esta insinuación de la predestinación del hombre es contradictoria al concepto de libertad expresado por el autor en su autobiografía (13) y en uno de sus ensayos (14). Para aclarar la paradoja nos tomamos la libertad de escribir al autor en carta fechada 2 de agosto de 1960, en la que le decíamos, entre otras cosas, lo siguiente:

"Me gustaría hacerle una pregunta sobre algo que me parece contradictorio. Me refiero al concepto de "libertad individual" según lo creo yo sentí y pensar a través de sus cuentos y a través de sus ensayos. En su autobiografía dice Ud.: "La salvación (¿o felicidad?) no está en última instancia, en parte alguna del mundo político, sino en lo más recóndito del individuo, mejor aún, de la persona. Por ello —y volviendo al punto de partida— creo en la libertad". Esto a mi entender es "libertad individual", el derecho de todo ser humano de cotizar su yo y de hacerlo valer

(13) *Cuentos puertorriqueños de hoy ed cit.*, pp 103-107

(14) "Pesimismo literario y optimismo político: su coexistencia en el Puerto Rico actual", *Cuadernos Americanos*, núm. 3 (1959), pp 43-74

y sentir. Es ese "algo" con que el hombre nace, que algunos denotan con el término "libre albedrío" y que le da derecho a luchar y a rebelarse contra todo lo que amenaza tragarse su individualidad para asimilarlo a una masa de conformismos. Por lo tanto, entiendo muy bien y estoy de acuerdo con que la felicidad (cotización del yo) no es algo que Sociedad o Estado alguno pueda alcanzar para el individuo, porque no es fruto que se cosecha fuera del individuo y porque el llevar a cabo nuestra individualidad no es algo tangible o palpable por el mundo exterior; sino que es algo que se realiza dentro de cada individuo, y sólo él, absolutamente sólo él, puede llevarlo a cabo. También, por eso entiendo cuando los personajes de sus cuentos luchan por escapar el anillo conformista que los aprisiona; luchan por rebasar los límites sociales, políticos, etc. que restringen su yo: luchan por liberarse del yugo del tiempo, del espacio y del destino. Pero luego, después de creer entender esto me encuentro, en algunos de sus cuentos, conceptos que a mi modo de ver son contradictorios a lo arriba expuesto porque indican que el hombre nace predestinado. Si el hombre nace predestinado no puede poseer "libre albedrío" y, por lo tanto, nunca podrá cotizar su individualidad, lo que equivale a que la libertad de la persona no existe. Por ejemplo y para enumerar sólo uno por hoy, en su cuento "El juramento" de ida a la cárcel el hombre "se preguntó cuáles eran los seres reales y cuáles los fantoches de un titiritero desconocido y burlón". En lo político esto se entiende muy bien, pero en el plano metafísico para mí implica que allá arriba hay alguien (Dios o lo que se quiera) halándole los cordones a los pobrecitos humanos y riéndose de su impotencia, ya que ese "alguien" de antemano ha determinado lo que cada ser humano hará en la tierra; lo que equivale a que el ser humano no tiene, en realidad, libertad individual.

La contestación del autor no se hizo esperar y en carta del 5 de agosto de 1960, René Marqués nos honró con la siguiente respuesta:

"En cuanto a la contradicción respecto al término Libertad, es hasta cierto punto comprensible dadas las circunstancias políticas de la sociedad en que el autor se desenvuelve y la psicología de docilidad colonial que han desarrollado —desgraciadamente— muchos de sus conciudadanos. Creo racional, intelectual y emocionalmente en el "libre albedrío", en la Libertad, como valor fundamental y supremo. Sin embargo, en ocasiones, la realidad política y la reacción del puertorriqueño "promedio" a esa realidad

aparece tan desesperante y fatal —colonialismo político y colonialismo psicológico— a los ojos del escritor (y aparece así precisamente por tratarse de una colonia “streamlined” o sofisticada como lo es hoy Puerto Rico y no brutal u obvia como tradicionalmente se concibe) que la desesperanza política llega incluso a transferirse en la creación literaria, al plano metafísico y éste aparece enfocado también con “fatalismo colonial”, es decir, el hombre de Puerto Rico sujeto en su destino por los hilos de una “metrópolis” desconocida (Dios en este caso, digamos). Cuando ocurren estos nubarrones de desesperanza política (plausibles si se piensa que mi pueblo lleva cuatrocientos sesentitrés años de coloniaje ininterrumpido, desde el más burdo bajo el régimen de España y [el] nada sutil bajo el régimen norteamericano de principios de siglo hasta el tipo hoy en boga con el nombre de “Estado Libre Asociado”, y que hoy sigue sin esperanza de auténtica libertad en el futuro inmediato) surge un cuento como “El juramento”. Pero estas alzas y bajas determinadas por la angustia nacional puertorriqueña dentro de las circunstancias muy peculiares de este pueblo no alteran —no siento yo que alteren— en última instancia, mi fe profunda en la libertad del Hombre en sus dos vertientes, individual y colectiva, metafísica y política. Es posible que un escritor con la epidermis espiritual menos sensible a la tragedia moral y ética que plantea el coloniaje de su pueblo quizás tuviera mayor cuidado en “departamentalizar” su problemática, manteniendo lo metafísico incontaminado de su personal angustia política. A mí, aparentemente, semejante acrobacia espiritual me resulta difícil, por no decir imposible. De todos modos, me consuelo citando al filósofo Ortega y Gasset con su ya popular axioma de “Yo soy yo y mi *circunstancia* y si no la salvo a ella no me salvo yo”.

En conclusión la temática marquesiana se apoya en los acontecimientos sociales, económicos y políticos de la vida puertorriqueña para crear del conflicto diario e inmediato cuentos que son la expresión, en primer término, de la lucha y de los anhelos de un pueblo por obtener su soberanía y por mantener sus tradiciones culturales. En segundo término, son la expresión del grito de angustia del hombre en lucha por defenderse de un tiempo y de un destino esclavizador; en lucha por conservar sus creencias eternas contra la marea de objetividades científicas; en busca del significado de su existir y en busca de la solución del incógnito de que yace más allá de la muerte. La actitud de Marqués en sus cuentos es una de reafirmación de lo propio y, por extensión, de

reafirmación del hombre. En general, sus cuentos son agrios y sombríos, como las realidades que tratan de captar, con un leve tinte de ironía y saturados de pesimismo. Sin embargo, no es el pesimismo aniquilador que destruye toda esperanza, sino un pesimismo activo que busca la solución en exponer, en desenmascarar, y espera encontrarla. El mundo de los cuentos de Marqués es tan sórdido como sublime, tan lleno de vida como impasible a la vida misma y a los dolores del hombre. Sus protagonistas viven una vida de lucha, de desafío, torturados y oprimidos por su mundo inmediato y por la incertidumbre del más allá. Son hombres que se batan palmo a palmo física y espiritualmente con la esperanza de conservar íntegro su "yo". La universalidad de los cuentos de Marqués estriba en que logra, a través del enfoque filosófico del tiempo, y partiendo de raíces autóctonas, proyectar temas y preocupaciones locales a un plano universal.

*Betty Rita Gómez Lance
Spanish Department
Kalamazoo College
Kalamazoo, Michigan*